

SOJA Y PERONISMO

La política imposible

Lucas Paulinovich



prohistoria
ediciones

LUCAS PAULINOVICH

Nació en Venado Tuerto, Santa Fe, en 1991. Desde 2009 reside en Rosario. Ha realizado estudios de diferentes niveles en Criminología, Seguridad, Defensa, Inteligencia, Economía y Finanzas. Durante más de 13 años, trabajó como redactor y editor en diversos medios de comunicación. Ha publicado los libros *A las siete en el sur hirviendo* (2018), *Pampa Húmeda* (2018), *Duermen los tigres en la lluvia* (2023) y *Vamos quiero una explicación* (2024). Este es su primer ensayo.

Lucas Paulinovich

Soja y peronismo

La política imposible



prohistoria
ediciones

Rosario, 2025

Paulinovich, Lucas

Soja y peronismo : la política imposible / Lucas Paulinovich ; Prólogo de Federico Zapata. - 1a ed. - Rosario : Prohistoria Ediciones, 2025.

94 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-809-191-4

1. Economía. 2. Soja. 3. Peronismo. I. Zapata, Federico, prolog. II. Título.
CDD 320.9

Maquetación de interiores: Lorena Blanco

Maquetación de tapa: Estudio XXII

TODOS LOS DERECHOS REGISTRADOS
HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11723

© Lucas Paulinovich

© de esta edición:  **prohistoria**
ediciones

Email: admin@prohistoria.com.ar

www.prohistoria.com.ar

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, incluido su diseño tipográfico y de portada, en cualquier formato y por cualquier medio, mecánico o electrónico, sin expresa autorización del editor.

Este libro se terminó de imprimir en Talleres Gráficos Fervil SRL, Rosario, Argentina, en el mes de diciembre de 2025.

Impreso en la Argentina

Índice

Prólogo	9
1. <i>Proteína Nacional</i>	19
2. <i>El interior se vuelve ajeno</i>	27
3. <i>La transformación ideológica del siglo 21</i>	33
4. <i>Tierra, trabajo y propiedad</i>	39
5. <i>Los gobiernos de la soja</i>	47
6. <i>El peronismo gringo</i>	59
7. <i>El carácter de las crisis</i>	69
8. <i>Sequía, grieta y parálisis: el último peronismo</i>	81
9. <i>Estabilidad macro y complejidad micro</i>	89

Los pueblos que enajenan su tradición, y por manía imitativa, violencia impositiva, imperdonable negligencia o apatía, toleran que se les arrebate el alma, pierden, junto con su fisonomía espiritual, su consistencia moral y, finalmente, su independencia ideológica, económica y política.

Papa Francisco

Prólogo

Federico Zapata¹

Es lunes en la Ciudad de Buenos Aires. He enviado un borrador de *Soja y Peronismo* a una pequeña librería escolar del barrio de Belgrano, a la que regularmente envío archivos para imprimir. Pasaré a retirar la copia por la tarde. Pablo, el dueño, es un laburante que viaja todas las madrugadas desde la zona sur del conurbano de la Provincia de Buenos Aires para tener abierta su librería a la hora en la que los niños van a la escuela. Es un hombre de pocas palabras, calmo, medido, nunca me había hecho ningún comentario de las impresiones que le envío. Pero esa tarde será la excepción. Con una sutil sonrisa, susurra: “Soja y peronismo, que gracioso”. Ese comentario me da la posibilidad de repreguntar: ¿Por qué gracioso Pablo? Me responde con la misma sonrisa: “No sé, me causó gracia, es que parecen dos cosas demasiado enfrentadas. Siempre se están peleando”.

La reacción y el comentario son la metáfora de la disfuncionalidad que fundó la (fallida) resolución 125: un conflicto difícil de explicar para los argentinos de a pie, incluso para aquellos que, como Pablo, no habitan un territorio agro-bio-industrial. En el epicentro de ese conflicto *naturalizado*, el choque de dos identidades que se retroalimentan: el último avatar del peronismo, *el kirchnerismo*, cristalizado en una fuerza política que para autoafirmarse necesita antagonizar con la realidad económica, política y cultural de los territorios agro-bio-industriales, y *el antikirchnerismo social de masas*, que inaugura un tiempo histórico marcado por una excepcionalidad en la relación del peronismo con la sociedad argentina: un peronismo con un fuerte sesgo anti-capital y progresivamente desapegado de la vivencia fede-

1 Federico Zapata es Licenciado en Ciencia Política por la Universidad Católica de Córdoba (UCC-Jesuíta), Doctorando y Magíster en Estudios Internacionales en la Universidad Torcuato Di Tella. Es autor del libro *Las Muchachas Cordobesas. ¿Cómo se construyó un peronismo diferente y qué podría aportar a la Argentina del futuro?* (2023) y coautor de “Qué hacemos con Menem. Los noventa veinte años después” (2021). Actualmente, es codirector de la consultora política Escenarios, editor de la revista de política y cultura *Panamá* y director de la Revista *Supernova*.

ral. Para decirlo de otra manera, en ese 2008, nacen de manera indisoluble, el kirchnerismo jacobino (en su autoimagen moral y en su voluntad de transformación por vía del conflicto) y el antikirchnerismo social de masas.

Intentaré en este prólogo con formato de ensayo, darle un contexto estructural a *Soja y Peronismo*, a partir de responder a tres interrogantes ordenadores: ¿Qué significó políticamente el 2008? ¿Cómo es posible explicarlo? ¿Por qué es importante superarlo? Como ya se sugirió, el 2008 fue el partero de un clivaje que organizó el sistema político argentino los últimos 17 años: *kirchnerismo versus anti-kirchnerismo*. Ese sistema agrietado, de empate hegemónico, de batallas culturales sin políticas públicas transformadoras, es la superestructura de una larga crisis económica que tiene su primer episodio en 2008, pero que se cristaliza a partir de 2011 como un sistema económico estancado, en estado descomposición, cuyo desenlace más cercano es el ascenso de Javier Milei al poder en 2023.

Como reacción a este proceso de crisis del modelo de regulación y acumulación nacional, empieza a configurarse en nuestro país un proceso autosostenido de subnacionalización de la vida política, económica, cultural y social. La 125, en el fondo, no fue sólo una política contra el sector (como interpretó y sigue interpretando la *intelligentzia* kirchnerista). Fue, en primer lugar, una política contra el grueso de la federación, donde el sector, a raíz del cambio tecnológico, había socializado territorios enteros. Aproximadamente dos tercios de las expansiones agrícolas que se producen a partir del 2001 corresponden a las provincias consideradas no pampeanas. Es más, la nueva región agrícola no pampeana que comprende Santiago del Estero, Chaco y Salta supera en términos de superficie a la Santa Fe y es la mitad de la Provincia de Buenos Aires. Allí donde hay biomasa (prácticamente en toda la federación), hoy hay —potencialmente hablando— nueva agricultura.

En segundo lugar, pero no menos relevante, fue un freno de mano a las posibilidades de crecimiento y desarrollo que el mundo le brindaba (y le brinda) a la Argentina. Entre 2050 y 2100 el mundo incorporará, desde el punto de vista de la demanda, un nuevo continente. Según la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura), la población que hoy ronda los 7.200 millones pasará a 12.300 millones. Ese crecimiento demográfico, coincide con un proceso global de transición de poder, que incrementa el ingreso per cápita de Asia (corto plazo) y África (mediano plazo). Se trata de un proceso de urbanización asociado al fin de prácticas de autocultivo y autoconsumo, que impulsará una nueva demanda y en paralelo una nueva geopolítica internacional de los alimentos. Argen-

tina pudo y puede, transformarse en un biopoder en esta nueva geoeconomía política emergente.

¿Cómo es posible explicar esta disfuncionalidad estructural entre nuestras capacidades autóctonas *vis a vis* oportunidades internacionales y el rol de la dirigencia política nacional en general y peronista en particular? A modo de hipótesis, he venido abordando esta suerte de incomprensión estratégica desde dos puntos de vista complementarios: la sociología de la élite kirchnerista y el conjunto de ideas dominantes sobre “el campo” de esa clase dirigencial. Desde el punto de vista de la sociología de la élite, el kirchnerismo se nutrió fundamentalmente de cuadros políticos provenientes de tres orígenes geográficos: patagónicos formados al calor de una economía con una débil sociedad civil (donde sólo se negocia con grandes empresas energéticas), porteños progresistas con escaso anclaje en la matriz productiva (insertos principalmente en diferentes ramas del sector público nacional), y bonaerenses industrialistas del tercer cordón del conurbano (beneficiarios indirectos de la subsistencia residual del mercado-internismo).

A riesgo de simplificar, la coalición kirchnerista se organizó en torno a una alianza novedosa de progresistas de la CABA (soporte ideológico) y sectores populares de la PBA (soporte territorial), bajo la conducción de gerenciadoreos patagónicos (soporte gubernamental). Este hecho —la sociología de la élite— tuvo repercusiones relevantes en la configuración política del kirchnerismo. En primer lugar, porque los tres grupos provenían de realidades geográficas lejanas al sujeto productor agropecuario y su nuevo bio-ecosistema. En segundo lugar, porque al no existir referencias empíricas en los tres territorios, los dirigentes no recurrieron a la experiencia para construir una cosmovisión actual del sector, sino que se refugiaron en un conjunto de ideas anacrónicas ¿Cuáles fueron esas ideas? La denominaremos aquí, la cosmovisión aristocrática del desarrollo agrario.

La cosmovisión aristocrática del desarrollo agrario es una de las corrientes dominantes de la sociología rural que se impartió en las universidades del Río de la Plata (el AMBA), y tiene como principal exponente al teórico y activista de la socialdemocracia alemana Karl Kautsky. Las ideas de Kautsky implican una desviación de las ideas originales de Marx en torno al desarrollo rural. De acuerdo con Marx, el capitalismo como modo de producción agrario implica tres sujetos productivos: los terratenientes o dueños de la tierra, que se apropian de la renta; los arrendatarios o capitalistas, que invierten en los medios de producción y se organizan para obtener

una ganancia; los asalariados rurales, que son dueños de su fuerza de trabajo y la venden en el mercado para poder reproducirse. En esta perspectiva teórica conocida como *vía clásica o inglesa* del desarrollo capitalista rural, el campesino era un sujeto residual del sistema feudal destinado a desaparecer con el desarrollo de las fuerzas productivas.

Kautsky buscará explicar una desviación empírica —el caso prusiano— y para ello, realizará una serie de ajustes a la perspectiva clásica del marxismo, dando origen al abordaje denominado *vía junker* al desarrollo capitalista rural. En concreto, la perspectiva *junker* identificó una trayectoria particular en donde la presencia de un terrateniente de origen feudal —y no un capitalista arrendatario— lideraba el desarrollo capitalista rural utilizando la fuerza de trabajo campesina. Como en Marx, el campesinado era también un sujeto residual tendiente a desaparecer, pero, a diferencia del enfoque original, se trataba de un desarrollo “desde arriba”. En Argentina, como en casi toda América Latina, la explicación *junker* sobre el capitalismo rural fue dominante. Todo el discurso sobre la “oligarquía” se inscribió (y se inscribe) en este horizonte conceptual.

El atractivo o el poder explicativo de la *vía junker* residía en que era una buena herramienta descriptiva del comportamiento del capitalismo rural argentino durante el siglo XIX, la centuria de la “gran estancia”. Sobre esa sociología, habían galopado experiencias políticas disímiles, desde el rosismo al mitrismo. El problema con esa cosmovisión rioplatense consistirá en que operará como un marco analítico y conceptual crecientemente distorsivo de la dinámica real que adquirió el sector agropecuario (sobre todo el de la Región Pampeana) a partir de la acción conjunta del Código Vélez Sarsfield (con su impacto en la división de la herencia), la inmigración (con su impacto en la conformación de un capitalista rural dinámico de pequeña y mediana escala) y las leyes de arrendamiento (con su impacto en la transferencia de propiedad a los arrendatarios).

El primer peronismo (1945-1955) nace en esa bisagra histórica: la colonización de tierras —principalmente en la denominada región pampeana— desde finales del siglo XIX, ha ido consolidando la emergencia de un potente entramado de pequeños y medianos productores cuyo epicentro será el arrendamiento. Ese ecosistema vital de nuevas familias *gringas* (fundamentalmente italianas) coexistirá durante algunas décadas con la persistencia de una aristocracia agraria que en algunas zonas de la Argentina evolucionará a empresarios agroindustriales (ganadería en Buenos Aires, caña de azúcar en Tucumán y Jujuy, algodón en Chaco, yerba mate en Corrientes), pero que en otros casos, se verá arrastrada en su anquilosamiento

por la pujanza de *los gringos*, que muchas veces empezarán como peones, para evolucionar a arrendatarios, y finalmente convertirse en propietarios.

Esa sociedad agraria bífrente queda perfectamente especificada en dos instrumentos emblemáticos del primer peronismo: *el Estatuto del Peón* (pensado para las producciones extensivas del norte argentino, intensivas en mano de obra) y *la Ley de Arrendamiento* (pensada para facilitar la transición de la tierra dedicada a la agricultura de las viejas familias a los nuevos pequeños y medianos productores). Así, las leyes de arrendamiento que se inauguraron en la década del 20 (luego del *Grito del Alcorta*) y que se profundizaron con el peronismo en la década del 40, terminaron de facilitar esa profunda transformación en la tenencia de la tierra, que implicó consolidar la conformación del campo realmente existente: el productor agropecuario de escala familiar. En algún sentido, en Argentina, la reforma agraria se hará de una manera pacífica por la vía de la ley y la iniciativa privada.

En este contexto general, no es casual que la instrumentalización peronista del término “oligarquía” haya sido mucho más amplia y política que el uso específico que le dio la sociología rural marxista para referirse a la aristocracia agraria. En concreto, el primer peronismo empleará de una manera silvestre el término para referirse al “contubernio” entre las fuerzas políticas tradicionales (del conservadurismo al comunismo) que se oponen a los cambios que se han producido en el país desde la revolución de 1943, la alianza con los capitanes de la industria (la UIA) y los propietarios rurales de grandes extensiones de tierra (la Sociedad Rural)².

Así, la peculiaridad del desarrollo agropecuario argentino en la región pampeana vendrá dada por la conformación histórica de una modalidad singular de producción: la producción familiar (*farmers* o colonos). Hablar de producción familiar implica referirse a sujetos que tienen alguna capacidad de acumulación, que se ubican en los estratos medios de la estructura social agraria (si consideramos su nivel de ingresos), que incluyen la participación de la familia en la gestión-organización laboral y que están incorporados al circuito internacional de comercialización. Esta forma singular de desarrollo capitalista rural había sido identificada por Lenin en su obra emblemática “El desarrollo del capitalismo en Estados Unidos”.

Lenin había encontrado que, en el caso de los Estados Unidos, en contraposición a las tesis clásicas del marxismo, la producción estaba a cargo

2 A lo largo de las convulsiones que implica la finalización de la Segunda Guerra Mundial, esa cohabitación incorporará a los medios de comunicación “respetables” (*La Nación* y *La Prensa*) y al revoltoso Spruille Braden (menos claramente a los Estados Unidos, país con el que Perón intentará desde temprano reconstruir un patrón normal de relacionamiento).

de pequeños y medianos productores, que eran propietarios de la tierra y de los medios de producción, y que explotaban su propia fuerza de trabajo en el desarrollo sectorial (trabajo familiar). A diferencia del sujeto campesino, el productor incorporaba capacidad de acumulación, y, por lo tanto, se volvía estable. En otros términos, para Lenin, sujetos no capitalistas pueden dar origen a un agro capitalista vía una modalidad alternativa a la descrita por Marx y Kautsky: la *vía farmer* o desarrollo capitalista “desde abajo”, típica de los Estados Unidos. El primer peronismo sería uno de los motores de esa transformación capitalista de la geografía central de la Argentina (y en ese sentido específico, la continuación de una dinámica que se había iniciado con *la generación del 80*).

Este recorrido estaría incompleto sino establecemos el rol económico que el primer peronismo le asignó al sector agropecuario. Digo incompleto, porque sin esta dimensión, es imposible entender por qué los nuevos sujetos del campo argentino se mantuvieron distantes con relación a la nueva fuerza que organizaría el carácter de la argentina moderna del siglo XX. En concreto, y desde el punto de vista económico, el peronismo sostenía que el orden mundial se organizaba en torno a un esquema centro industrial-periferia agrícola. En ese contexto, el sector agropecuario tendría dos funciones centrales en la nueva estrategia de desarrollo industrial anclado al mercado interno: por una parte, debía proveer las divisas necesarias para importar los bienes de capital y los insumos requeridos para empujar el crecimiento de la manufactura; por la otra, tendría que generar una amplia oferta de alimentos a bajo precio para satisfacer las demandas de consumo popular y elevar el nivel de vida de la población urbana.

Es decir, el sector era visto como un instrumento auxiliar y secundario para transicionar la economía argentina hacia la era industrial, en un mundo donde efectivamente, la manufactura era el principal *driver* al desarrollo. Esa “sensación” de ser “herramientas” y no de “sujetos” por parte de los *farmers*, dificultó la conformación de una conciencia política peronista en la nueva sociología rural ascendente, aun cuando el peronismo fue uno de los motores de esa mutación. En el caso de Córdoba, la nueva ruralidad nutriría a *la intransigencia sabattinista* y en el caso de Santa Fe a *la Liga del Sur*.

¿Cómo se articula ese pasado con el presente? El kirchnerismo fusionará, en un contexto tecno-productivo absolutamente diferente (más de 60 años después), las ideas de la vieja industrialización por sustitución de importaciones (con su rol secundario para el agro) con las ideas de la izquierda kautskiana (dominantes en la sociología rural académica). Es decir, realizará dos deslizamientos determinantes: a diferencia del primer

peronismo, que con una dosis de realismo y comprensión del proceso histórico, evitó abrazarse a la tesis de la aristocracia agraria en el momento en el que el territorio agrario atravesaba un proceso de mutación, el kirchnerismo, por la influencia de la *intelligentzia* del Río de la Plata, se hizo kautzkiano. Pero además, transformará la estrategia de desarrollo del primer peronismo (una estrategia históricamente situada en el siglo XX fordista, antes de la revolución de la economía del conocimiento) en un dogma a-histórico. Es decir, una estrategia válida más allá de la evolución del capitalismo (e incluso más allá de la evolución de la política económica peronista luego de la crisis de 1952).

Hete aquí, la genealogía de un desencuentro: la conformación de una perspectiva o de un conjunto de ideas distorsivas sobre la realidad productiva de la región pampeana (con fuerte peso simbólico en el entramado político, cultural y social del Río de la Plata) y la adopción de una estrategia de acumulación anacrónica. ¿Por qué anacrónica? ¿Qué es lo que había cambiado en el campo del siglo XXI con respecto a aquel campo del siglo XX que estaba cambiando? La respuesta es cualitativa. El campo producirá, a lo largo de los 90s y los 2000s, un cambio radical en su estructura productiva. Y como enseña la economía política, un cambio en la estructura productiva es sinónimo de desarrollo. Ese cambio radical se asentará en la revolución biotecnológica en el contexto de la era de la economía del conocimiento y del florecimiento de las TPG (tecnologías de propósito generales).

La revolución biotecnológica se alimentará de los avances de las ciencias en disciplinas como la microbiología, la bioquímica, la genética, la enzimología y la biología molecular, permitiendo que la biología salga del laboratorio y penetre como “saber de producción” en diferentes sectores del tejido productivo. Cuando se dice que el despegue agrario en América Latina es una respuesta al boom de los precios de commodities en los 2000, se está mirando la punta del iceberg. El despegue agrario de América Latina es producto de la revolución tecnológica que posibilita la biotecnología, que permite, como bien explican Bercovich y Katz (1990)³, no sólo analizar los fenómenos biológicos sino copiarlos, reproducirlos, mejorarlos y modificarlos; no sólo utilizar microorganismos, sino “domesticarlos”, reprogramarlos, crear nuevos organismos vivos. En palabras de Jean Luc Pelissolo (1981)⁴, estamos frente a un salto tecnológico expresado en una

3 Bercovich N. y Katz J., *Biotechnología y Economía Política: Estudios del caso Argentino*, CEAL, CEPAL, 1990.

4 Pelissolo, J. L., *La Biotechnologie, demain?*, La Documentation Française, 1981.

discontinuidad en el rendimiento de los procesos biológicos, o para ser más precisos, ante un aumento espectacular de la productividad del “obrero microbiano”.

¿Cómo impacta este salto tecno-productivo en el campo realmente existente y su sujeto productor? Desde el punto de vista sectorial, se derrumba la categoría de sector primario para abordar la actividad agropecuaria. En el viejo esquema, el productor sembraba la semilla del año anterior (no había semillas híbridas), la maquinaria eran los caballos, se trabajaba con fuerza hombre (el arado y la sembradora), no había fertilización, no había tecnología de ningún tipo. Eso era actividad “primaria”. Encerrada en la geografía de lo rural.

En la actualidad, el campo no opera como un sector, sino como una red de geometría variable: la semilla sale de un criadero de semillas intensivo en biotecnología; el fertilizante nitrogenado se produce en el país con gas argentino; la siembra y la cosecha se realizan con agricultura de precisión, articulando software e imágenes satelitales, con maquinaria de altísima complejidad tecnológica desarrollada en el país; la biomasa se industrializa para producir energía, el comercio se desarrolla a lo largo de una red de proveedores de transporte, financiamiento y comercio exterior. Además de cultivos y ganaderías se suman —con rasgos disruptivos— las bioenergías y las transformaciones de biomásas en origen, o sea granos, fibras y desechos, bienes de mayor elaboración como carnes y productos industriales (en el *downstream*) y productos biotecnológicos de altísima complejidad como los eventos transgénicos y organismos editados (en el *upstream*). Es decir, el nuevo campo, además de producir alimentos, comienza a convertirse en un yacimiento de generación de materia prima energética. Una “vaca viva” pero verde⁵. Esta tendencia explica el aumento sostenido del valor agregado en la red⁶.

En este territorio ampliado y transformado, el campo vuelve a producir empleo. En las primeras décadas del siglo, la red pasó a generar entre 2,2 y 3,7 millones de puestos de trabajo. Solo las cadenas agroalimentarias generan 2 de cada 10 puestos de trabajo privado y 22% del empleo privado nacional. Lo que ocurre, es que la producción del nuevo empleo se realiza con una lógica diferente al siglo XX: mucha gente vive del campo, pero menos gente vive en el campo.

5 En la actualidad, el sector aporta el 10% de la oferta de combustibles en la Argentina.

6 Bisang R., “Las transformaciones de la agricultura en los últimos años”, *Revista Ciencia Hoy*, Volumen 29 número 173, 2020.

¿Y el farmer? La gran transformación biológica empuja la reconversión del sujeto productor: de *farmer* a *tecno-farmer*. En palabras de Bisang (2020), este moderno productor captura energía libre, produce biomasa usando alta tecnología y después hace ‘*cracking* industrial’ de granos, animales y foresta para obtener alimentos diferenciados, bioenergías e, incipientemente, algunos biomateriales. Ahora bien, el tecno-farmer es apenas un eslabón – muy relevante – de una red compleja y biobasada. Nada más ni nada menos, que el eslabón que permite que este salto tecnológico sea compatible con la generación de una burguesía nacional pequeña y mediada, desconcentrada en términos geográficos (desarrollo federal), pero con estándares de productividad en la frontera internacional: los rendimientos por hectárea en maíz, soja y trigo en Argentina son similares a los de los Estados Unidos, el Brasil y el Canadá, a pesar del impacto negativo de más de dos décadas de retenciones⁷.

En este marco general, Argentina encuentra una posibilidad inédita para reconvertir su patrón estratégico de desarrollo nacional e inserción internacional. Esta reconversión permitiría, en un plazo de 20 años, resolver los problemas estructurales de nuestra economía: una estructura productiva que no genera empleo, que cristaliza en una forma de inserción internacional deficiente (una performance exportadora débil y en recurrentes crisis de la balanza de pagos), que produce y reproduce desigualdad social y heterogeneidad territorial, y que está pensada para un mundo que ya no existe: la sociedad fordista. Esta oportunidad se llama biodesarrollo.

La estrategia tiene como fundamento intensificar la producción exportable de nuestro país, sin agravar el equilibrio ambiental, y en paralelo, compatibilizar los avances tecnológicos con la generación de trabajo digno y el desarrollo territorial armónico. Es decir, no solo acompañar la transición hacia formas y producción sustentable, sino también aprovechar esa demanda social que crecerá, para innovar y liderar en el mundo. En otras palabras, proveer de alimentos e insumos, pero también y, sobre todo, de tecnología. Recuperar un patrón de desarrollo e insertarnos en el mundo como un bio-poder medio.

7 Dentro de las 50 economías mundiales que explican el 93,3% del comercio mundial, solo cinco países aplican derechos a las exportaciones (popularizados como “retenciones”): Indonesia, Rusia, Hungría, Kazajstán y Argentina. Hasta 2023, Argentina compartía el podio con el país que más grava con impuestos a las exportaciones en relación con la recaudación total del país (Kazajstán). Países agrícolas de la región como Uruguay y Brasil, u otros exportadores agrícolas como Australia y Estados Unidos, no las aplican.

El biodesarrollo no es una estrategia caprichosa. Argentina posee los activos necesarios para proyectarse: diversidad de biomasa y abundancia de recursos físicos, una agroindustria de las más competitivas del mundo, un sector biotecnológico muy dinámico, un sistema científico destacado en el campo de las ciencias biológicas (lo que permite extender el biodesarrollo a clústeres como la salud, la economía del cuidado o el turismo natural)⁸, y no menos importante, el *tecno-farmer*, factible de ser implantado en cada espacio del territorio nacional donde existe biomasa.

El libro *Soja y Peronismo*, escrito con la pluma joven, comprometida y pasional de Lucas Paulinovich, recorre estas disyuntivas centrales de nuestra época. Es, además, uno de los primeros ensayos que, desde dentro de la generación política nacida al calor del kirchnerismo post-2008, se propone desarmar los efectos políticos, culturales, sociales y económicos de la 125. Desarmar la 125 realmente existente como condición para habilitar un nuevo punto de productividad política, fundado por fuera de aquella conflictividad estéril.

Para hacerlo, Paulinovich deconstruye con valentía, inteligencia y la calidez literaria de un caburé (o de “un santafesino de veras”, en términos de Miguel Brascó) el edificio kirchnerista desde la raíz. Porque, en el subtexto, el autor identifica un horizonte político claro: para salvar al peronismo —para volver a anclarlo en la Argentina real— es necesario trascender al kirchnerismo como marco teórico y práctico dominante. En otras palabras: un peronismo para la Argentina, y no una Argentina para el peronismo.

Bienvenidos a Soja y Peronismo.

8 Los tres Premios Nobel de la ciencia argentinos son en el campo de las ciencias biológicas: Bernardo Houssay (Medicina, 1947), Luis Federico Leloir (Química, 1970) y César Milstein (Medicina, 1984). Sus descubrimientos en fisiología, bioquímica e inmunología han sido fundamentales para el avance de la medicina y la biología moderna.

que había cambiado. El resultado fue un quiebre semiótico entre la política y la producción.

Inevitablemente, este desfase se tradujo en errores estratégicos de magnitud: los sentidos dan forma y congruencia a la acción práctica. Las medidas sectoriales siempre llegaron tarde, fueron mal diseñadas o nacieron como respuestas desesperadas ante situaciones límite de reservas internacionales. Y esas desavenencias caldearon la percepción cruzada medida en dólares y ventanas de liquidación.

La falta de una narrativa integradora, capaz de reconocer al agro como parte de un proyecto nacional, vació al peronismo de su propia simiente doctrinaria: sin darse cuenta, había minado la fuente material que le permitía enarbolar su ideología. El agro siguió produciendo, pero a la defensiva. Y cada elección pasó a ser una guerra de trincheras.

Si el peronismo quiere volver a ser una fuerza de desarrollo, deberá entender que no alcanza con redistribuir. Es necesario generar riqueza. Y para eso, necesita del campo. No solo como proveedor de dólares, sino como parte de un ecosistema de innovación, creación de valor y arraigo. Un peronismo que le da la espalda al campo es un peronismo que renuncia a gobernar el futuro.

Los gobiernos pasan, pero las campañas agrícolas quedan. La naturaleza no se subordina al calendario electoral. Y el clima —como la inversión anual— no espera a que la política se ordene. La reconstrucción de una política agroindustrial moderna no puede depender de parches ni de liderazgos mesiánicos. Requiere instituciones que aprendan, que coordinen, que escuchen. Y sobre todo, que no tengan miedo de hablar en el idioma del trabajo, la producción y el comercio.



prohistoria
ediciones

Gracias por leer

Accedé a nuestro catálogo completo a través de este QR



Adquirir este libro colabora con las pequeñas editoriales al apoyar su trabajo y sostenibilidad. Al hacerlo, usted está ayudando a que editoriales independientes puedan seguir publicando obras que a menudo no encontraría en grandes cadenas, promoviendo la diversidad literaria y apoyando a autores que pueden recibir una mayor atención en estos entornos.

Soja y peronismo examina la fractura histórica entre el movimiento justicialista y el agro argentino como síntoma de una crisis más profunda: la pérdida del vínculo entre política y producción.

El libro recorre un trayecto que va desde la génesis productiva de la soja hasta su papel como motor económico y conflicto simbólico. Sostiene que el peronismo del siglo XXI se desvió de su matriz productivista hacia un progresismo urbano que desconoce el federalismo real. La soja, entonces, más que un cultivo, encarna la productividad y el arraigo que el peronismo abandonó.

La obra, de gran originalidad y decididamente propositiva, plantea la necesidad de reconstruir una alianza nacional basada en trabajo, innovación y territorio.



ISBN 978-987-809-191-4



9 789878 091914